

ba cercana con el premeditado y deliberado propósito de endilgar un discurso luctuoso. Eso no lo podía permitir Ricardo, pues sería ofender la memoria del difunto y dio órdenes terminantes y rápidas a los de la funeraria para que procedieran a sepultar al licenciado, agradeciendo de inmediato la presencia de todos y la singular del gobernador y que pedía a nombre de la viuda se abstuvieran de pronunciar discursos pues estaba muy fatigada y deseaba retirarse a descansar. El gobernador desconsolado se quedó boquiabierto y Ricardo sin disimularlo, lo fulminó con la mirada. Más tarde explicaría a Sandra el motivo de su intervención y ella se lo agradecería profundamente. . .

Se iba una vida de un hombre bien nacido, bondadoso, cuyas intenciones en el mundo social y de los negocios, siempre fueron limpias y rectas. Un hombre que no vio reproducirse su descendencia, porque el destino, quien sabe por qué designios, le arrebató al mismo tiempo, en un solo acto y de un tajo, la vida de sus dos muchachos en aquel terrible accidente aéreo que conmovió a la naciente ciudad. Ahora yacía, descansaba en su ataúd, aferradas sus manos a un crucifijo con la imagen del Salvador, aquél que ofrendó su vida por la salvación de quienes no la merecemos nunca. Allí reposará hasta convertirse en polvo. Al principio será extrañado, recordado, llorado, se le harán algunos homenajes en los primeros aniversarios de su muerte y al final se consumará el más cruel e ingrato acto de la veleidat humana: el abismal olvido. ¿Pero, sin olvido, sin heridas cerradas, sería posible sobrevivir? . . .

*"Nunca vistas con descuido,
 porque en la corte deshonra
 más que una mancha en la honra
 una mancha en el vestido".*

*"Tu lujo siempre modera,
 no al lujo te entregues, no,
 mira que el lujo empezó
 por unas hojas de higuera".*

ANTONIO PLAZA

— IX —

Intringulis

o

el miedo no anda en burro

Manuel Céspedes llegó con mucha anticipación a la hora fijada para la junta del directorio, parecía un niño estrenando zapatos nuevos; pues en su rostro reflejaba una alegría no disimulada, pese a que iba a suplir como sustituto, nada menos que al recién desaparecido licenciado Alejandro de Montellano.

Ricardo, al verlo, lo saludó efusivamente dándole el trato de padrino, ya que efectivamente Manuel fue quien lo introdujo al círculo exclusivo de "La Cofradía" y si bien tenía más antigüedad que Ricardo en el club, no había logrado en sus largos años obtener ningún cargo —salvo el de suplente— en el codiciado directorio, aunque le sobrarian méritos para ello.

El presidente y el industrial Céspedes se apoltronaron en sus sillones respectivos para cambiar impresiones mientras llegaban los demás directores. Manuel se regodeaba aca-

riciando, casi con ternura, la suave y aterciopelada piel de los brazos de su asiento, otrora de su sucesor; sus ojos contemplaban extasiados los diversos cuadros que pendían de la pared y acariciaba con su mirada todos y cada uno de los objetos, que antes, de lejos, había contemplado y recordaba la íntima amargura ¿o sería envidia? que sentía en lo más profundo de su ser, al observar, como lo hacía en ocasiones, sentados muy altivos y solemnes a los distinguidos miembros del directorio del cual hoy —orgullosamente— formaba parte integrante. ¡Al fin había llegado!

Aurelio R. Calvo y Ruperto Quintanar llegaron casi al mismo tiempo y después de saludar a los presentes procedieron a sentarse en los confortables sillones dispuestos a tomarse su primer café. Aurelio R. Calvo estaba nervioso y se mostraba excitadísimo, enseñándole a Ricardo, un poco de lejos, un extraño documento sellado; el secretario Mendieta se ocupaba de poner al corriente los papeles y la orden del día, en un extremo de la amplia mesa de sesiones; sólo se esperaba la presencia de don Torticio del Olivar, pues el arquitecto Argüelles ya había llegado y se encontraba en la cercana oficina acomodando una documentación.

Quintanar se instaló cerca de Ricardo y Céspedes para sorber su primera taza de café y hacer los comentarios preliminares de aquel día de consecuencias extraordinarias para la comunidad.

Resulta que la víspera, ante la mirada incrédula y atónita de los pobladores de la orilla del lado sur, aparecieron, primero como una pequeña mancha y luego como una manada de búfalos, docenas de gentes pobres, harapientas, que conducidas por un par de líderes, a guisa de lazarillos, portando sus míseras pertenencias en la espalda y seguidas de perros y animales domésticos, se aprestaron a instalarse, como lo hicieron, en aquella hermosa ladera, muy cercana al centro nervioso de la población. Rápidamente procedieron a construir pequeñas viviendas hechas de cartón, pedazos de madera podrida, láminas muy usadas y hasta periódicos y trapos inservibles. Todo esto con una celeridad pasmosa y una

coordinación propia de soldados o gente disciplinada. Una vez tomada la posición que a cada familia correspondía, se encendieron múltiples fogatas que daban al lugar, al reflejar la luz en objetos, carpas y personas, el aspecto de figuras fantasmagóricas, a el de un enorme vivac de la lejana época revolucionaria.

—Yo creo, decía Ruperto— que deberíamos tener compasión y benevolencia con esas pobres gentes que acaban de invadir los terrenos adyacentes a Los Caracoles, pues vienen desesperados en busca de un trabajo y un pequeño lugar donde vivir, creo que el hambre los ha alejado de sus tierras de origen y los empuja a estos centros fabriles con la esperanza de encontrar subsistencia; podríamos abrir nuevas fuentes de trabajo para ocuparlos. . .

—Y también para que te coman— le replicó Manuel Céspedes, estas gentes son como alacranes que te depositas en el seno y al rato pretenden quedarse con todo; no entiendes que son comunistas que se apropian de lo ajeno y quieren vivir de los demás, consiguiendo lo que sea por la mala y sin esforzarse ni trabajar; pienso que lo cuerdo es pedir que a esos rateros y sinvergüenzas que se posesionan y toman por la fuerza lo que no es suyo, el ejército debería de desalojarlos a punta de bayoneta calada. La fuerza se combate con otra fuerza mayor.

Ricardo intervino conciliatoriamente en aquella discusión pre-junta, diciendo a ambos que el verdadero problema a su juicio, lo había creado el propio gobierno al empobrecer el campo dejándolo sin protección ni garantías y que en todo caso, el conflicto tenía raíces más hondas y complejas.

Ruperto, sorbiendo su caliente y oloroso café, decía que el tema espinoso que a grandes titulares anunciaban los diarios de la mañana, se solucionaría con buena voluntad y una poca de conciencia hacia las penurias de aquellos miserables que al fin y al cabo eran también seres humanos y —hermanos nuestros ante los ojos de Dios—.

—Mira Ruperto, exclamó Céspedes, tú quizá no estés enterado que “esos hermanos pobrecitos” están dirigidos por

líderes bribones y sinvergüenzas que no solamente buscan su provecho personal, sino que son a su vez títeres manejados por agentes extranjeros que tratan de imponernos sus propias teorías. . .

—Allí está el intringulis, terció, oficiosamente, don Torticio al irrumpir en el salón de juntas —yo siempre he creído que esos muertos de hambre están manipulados por vivales que los explotan y al menor viento contrario los abandonan a su suerte—.

—Señores, señores, les ruego sentarse porque la junta dará comienzo inmediatamente, manifestó en tono amistoso Ricardo de Velasco, pidiendo de inmediato que el secretario Jorge procediera a dar lectura al acta anterior.

Todo mundo se calló pero se notaba que en el ambiente flotaba un aire de inquietud y malestar, pues aunque Jorge leía, nadie prestaba en serio atención a sus palabras, ya que el pensamiento de cada quien como imán irresistible, se dirigía a los acontecimientos de la víspera.

Calladamente el arquitecto Argüelles rumiaba preocupado qué iría a pasar con las recién terminadas residencias que acababa de construir muy cerca de Los Caracoles y en las cuales había invertido casi todo su capital y el de otras personas —sus socios— que confiaban en él. . .

Manuel Céspedes pensaba calladamente en los terrenos aledaños a la zona invadida y que eran propiedad de su familia, merced a una antigua herencia que provenía de sus abuelos; en un santiamén veía convertirse el oro soñado, en polvo. . .

También el propio Ricardo de Velasco tenía sus hondas preocupaciones pues su compañía acababa de adquirir por esa área, una gran extensión de terreno para instalar una fábrica, que sería un complemento de la empresa de la cual formaba parte; si se fracasaba, corría peligro su posición, pues él había sido el responsable de la elección del inmueble. . .

Ruperto Quintanar fumaba al parecer tranquilamente, pero fruncía el entrecejo al recordar sus grandes inversiones en tierras, afortunadamente, por el momento, en el extremo

opuesto de las invadidas y donde tenía proyectado un hermoso fraccionamiento. El haber comprado manzana por manzana, sus esfuerzos todos, se derrumbaban en un santiamén. Pero había que tener fe. . .

Torticio del Olivar, se recreaba felicitándose así mismo por tener la mayor parte de sus inversiones en el extranjero y regodeándose secretamente al recordar que precisamente esa misma mañana había tenido sentada en sus flacas y endebles piernas, nada menos que a una mujer hermosa, esposa de uno de los presentes. . .

Aurelio R. Calvo bizqueando sus ojillos de marrano, escudriñaba los rostros de los al parecer atentos e impasibles directores, sacudiéndolo por dentro una extraña y febril excitación, pues él tenía la llave de la solución a un viejo problema del club. . .

Al terminar de leer el acta, Jorge Mendieta aún no salía de su asombro al notar, al percibir, que nadie hacía comentarios y que todos parecían estar alejados, ausentes. . .

Ricardo tomó la palabra y quebró el silencio, anunciando a los presentes que tenía una verdadera novedad que notificarles, gracias a las insistentes y personales gestiones de Aurelio R. Calvo. Esta gran noticia era que el papel sellado y firmado que tenía en sus manos, era nada menos que el permiso de la autoridad municipal para la construcción de la obra suspendida al lado del templo El Caminante.

Entre muestras de exclamación y sorpresa y deseando algunos saber cómo se había obtenido, Ricardo levantando los brazos exclamó —esta victoria se debe a la tenacidad e influencia de nuestro distinguido miembro Aurelio y yo le he dado mi palabra de que no necesita dar explicaciones de la forma o medios de que se valió para obtener el permiso. El hecho fundamental y que nos interesa, es que aquí está en mis manos, gracias —repito— al denodado y persistente esfuerzo de Aurelio y ahora lo más importante y urgente, después, desde luego, de darle las gracias y un merecido aplauso, es duplicar o triplicar los trabajos para que nuestra obra quede concluida a tiempo.

Inmediatamente y para imitar al presidente, todos los demás directores aplaudieron al orgulloso y azorado señor Calvo, que, ahora sí, veía brillar su propia estrella, para con este indiscutido triunfo, alcanzar la meta anhelada: la presidencia del club.

El arquitecto Argüelles ofreció ponerse de inmediato a trabajar en la obra paralizada, consiguiendo la aprobación de emplear dos turnos para acelerar y finiquitar la construcción al término del mandato de Ricardo, ya muy cercano.

De grupos de dos en dos, salieron los directores comentando los sucesos que estremecieron a la ciudad y que los tenían tan seriamente preocupados, pues afectaban muy de cerca los intereses de todos ellos y por supuesto de toda la comunidad.

A la mañana siguiente, nuevos y alarmantes titulares a ocho columnas, daban la noticia de otros núcleos invasores que se apoderaban de terrenos en diversas partes de la ciudad, la cual ahora se veía prácticamente rodeada de los paracaidistas menesterosos, que a la vista de todo mundo, enfrente de casas y residencias honorables, siempre respetuosas del orden, no vacilaban en desahogar sus necesidades al aire, en plena vía pública con eufórico y no oculto, —quizá vengativo—, desacato. Las raterías pequeñas empezaron a proliferar y en unos cuantos días, la población entera se vio rodeada y aprisionada por muchedumbres harapientas, que cual cáncer maligno, comenzaban a devorarla materialmente.

El regordete y parlanchín gobernador, presionado por todo mundo y ante la impotencia de hacer algo, de resolver, de decidir, de actuar y no solamente verborrear, se vio obligado a renunciar, ya que los incapaces en momentos difíciles, de inmediato enseñan el cobre.

Llegó en su lugar, desde luego y como siempre, enviado del centro, en forma provisional, un militarote valiente, audaz, de muy pocas palabras, que traía instrucciones precisas de resolver y bien, el gravísimo problema. Lo primero que hizo fue llamar a los líderes y conminarlos a que llevaran a

sus gentes a una área o zona previamente determinada —la cual afectó los terrenos del soñado paraíso— fraccionamiento, de Ruperto Quintanar—, so pena de que de no hacerlo, los haría expulsar por la fuerza de las armas, amenazando en forma individual y personal a cada uno de los dirigentes, pues en caso de no obedecerlo en el tiempo perentorio de 24 horas, él personalmente los ejecutaría. Naturalmente que hubo protestas, amenazas y discursos conmovedores y demagógicos de parte de los precaristas, que hablaban de miseria, pobreza, explotación, de que la tierra es de todos y los bienes también, etc., etc., pero el general con voz de trueno les respondió: —tienen 24 horas y el tiempo ya está corriendo, si quieren seguir hablando en lugar de cambiarse, allá ustedes— les dijo alejándose del lugar, taconeando sus botas lustrosas y dejando con la boca abierta a los mugrientos de a mentiras y bribones de a veras.

Ante la firme determinación del mílite, todo mundo resolvió disciplinarse y pronto la pradera hermosa, aquella adquirida paulatinamente por Ruperto Quintanar y en la cual soñaba hacer surgir un vergel de fraccionamiento, se convirtió en un zoco infestado de casuchas improvisadas, insalubres y que a distancia parecían por lo ennegrecido de sus paupérrimas viviendas, bandadas de piojos dispersos y enloquecidos.

El gobierno a través del nuevo mandatario, otro sujeto enviado por el centro y muy parecido al anterior, compró a plazos —que nunca cumpliría— y a precios irrisorios, las propiedades destinadas a albergar a los infelices invasores. En virtud de que no había servicios, aquello se convirtió en un gigantesco muladar y en un basurero de tan tremendas proporciones, que pronto la comarca quedó asolada y desierta como un páramo. Los miserables, peleando entre sí, robando en la ciudad, hostilizados por el ejército, sin esperanza de encontrar los trabajos soñados, enfermos y a punto de perecer por la pandemia que ya se avisoraba, cortando en forma inconsciente y criminal los árboles frutales de las huertas cercanas, no para comer sus frutos, que ya hacía tiempo se

habían agotado, sino para hacer leña y poder sobrevivir, poco a poco y en grupos familiares, desilusionados por sus malévolos conductores, se fueron unos, a buscar fortuna a lares desconocidos y otros, a regresar, rumiando su dolor, al campo de donde procedían. Pocos se quedaron empleados en la ciudad, sirviendo en diversos menesteres, pues era gente en verdad buena, que había sido enganchada por las promesas de los corruptos dirigentes.

Muy despacio, lentamente, la ciudad pronto se resarciría de esta plaga, así como de otras. . .

*"Quien fuere en la vida cero
no tendrá un amigo, Andrés,
si el dinero amigo es,
se amigo tú del dinero".*

*"Mejor que un peso, ten dos,
no hagas mal por egoísmo,
y duda hasta de tí mismo. . .
vete, y. . . ¡bendígate Dios!*

ANTONIO PLAZA

— X —

Nada hay nuevo bajo el sol.

Atrás quedaron los días de angustia, de incertidumbre, suciedad de barracas y amenazas, de intranquilidad y desasosiegos. Las cosas volvieron a su normalidad aparente y sólo por las crueles señales de cicatrices en la tierra, se recordaba aquel mes negro que nunca se olvidaría.

El arquitecto Argüelles pese a las graves irregularidades que se estuvieron viviendo, había cumplido su palabra y el edificio reluciente y oliendo a pintura nueva, era inaugurado por el nuevo gobernador, el amnésico señor alcalde, todos los miembros del directorio y muchos socios y vecinos distinguidos del lugar, que apludieron con regocijo la apertura de un nuevo centro social que tanta falta hacía en aquella área. El Padre Martínez orondo y circunspecto, impartía el agua bendita por todos los rincones donde pudiera filtrarse el demonio.

Un poco a distancia se veían los brotes verdes y esperanzadores de los nuevos arbolitos que con verdadera urgencia fueron plantados para reforestar la amplia zona devas-

tada. Ruperto Quintanar se apresuró a cercar su enorme propiedad, para protegerla de futuras invasiones. Su primer acto posterior fue sembrar sucesivamente árboles que son la vida para cualquier comunidad.

Ricardo de Velasco estaba feliz por haber concluido su obra y sólo le faltaba por decidir, la difícil sucesión de su puesto. Muy pronto vendrían las elecciones y el nombre del futuro presidente empezaba a inquietar a todos los de la membresía. Entre bambalinas se escuchaban los nombres de Aurelio R. Calvo y del nuevo e influyente consejero Manuelito Céspedes; también se mencionaban con insistencia los nombres de dos destacados socios que por sus labores sociales se habían perfilado como posibles. La lucha encarnizada por el efímero poder iba a comenzar. Las intrigas como en la alta política, extendían sus antenas amenazantes. Antes de la junta primordial, Ricardo consultó con varios de los socios principales, así como con los directores, salvo don Torticio, para formarse una opinión acerca de quién o quienes tenían en verdad la simpatía suficiente para sucederlo.

En las juntas privadas de las damas, se forjaban una y mil conjeturas acerca de la señora que iba a ser la abeja reina, en aquel panal social de inocentes y despiadadas intrigantes.

Una misa luctuosa en recuerdo de ex-presidentes y socios desaparecidos, fue el colofón de la actuación de Ricardo al frente de los destinos del pomposo club. Para esta ocasión solemne, Ricardo, personalmente fue a invitar en forma especial a Sandra Rubio, ahora viuda de Montellano, pero la fina señora se excusó de asistir porque en esos días tenía proyectado efectuar un largo viaje que a la postre, resultó eterno, porque ¡oh paradoja del destino!, al igual que sus hijos, pereció trágicamente en un mayúsculo y absurdo accidente aéreo, por el choque frontal de dos aviones en movimiento, uno, el de ella, iniciando apenas el vuelo, otro, descendiendo sin órdenes aparentes de la torre de control. Todo esto en medio de una espesa neblina en una isla enclavada

en pleno océano Atlántico, próxima a las costas europeas. Con su desaparición, terminaba por completo, totalmente, una familia que hubiera, si Dios lo hubiera permitido, podido dejar una prolífica y noble descendencia. Ahora los parientes lejanos, como feroces buitres, se allegaban de papeles y documentos, para reclamar la rica herencia que a ellos nada les había costado formar. . .

Pero la vida siempre indiferente, seguía su devenir imperturbable, exhibiendo en su escaparate diario: por las mañanas sus brillantes soles y escondiendo por las noches sus pálidas lunas.

Rosario Tovar de Calvo, "Chayito", después de darle luz verde su marido, diariamente por las tardes hacía política reuniendo, muy segura y confiada, considerándose de hecho la nueva presidenta, a cuantas socias acudían a su llamado y aceptaban la invitación de ir a merendar a su excéntrica casa.

Una de esas tardes, sintiéndose sola y desorientada y ya casi en vísperas del destapamiento del candidato, la bella Clara Solís de Argüelles habiéndose armado de valor, se animó a asistir a la casa de Chayito, quien se sorprendió al verla tocando humildemente la puerta de su enemiga. El recibimiento no pudo ser más hipócrita y falso ya que a los pocos minutos, quien sabe por qué artificios, la pobre, azorada y tímida, notó un hueco a su alrededor. ¡La pérfida Chayo le había aplicado la ley del hielo!

Clarita sintió la humillación de sentirse separada y miraba con ojos atónitos, que todas las damas procuraban estar muy cerca y giraban alrededor de aquel papagayo multicolor. La situación empezó a hacersele insoportable y lo inaguantable, el colmo, fue la llegada, como para dar el espaldarazo definitivo a la anfitriona, nada menos que de Tenchita Flores del Olivar. Ahora sí a Clara se le derrumbaron sus ilusiones, sintiendo una gran sacudida nerviosa que estuvo a punto de derramarse en una catarata de incontenibles lágrimas. Corriendo, trastabillando, entre risas y burlas, la po-

bre ofendida huyó del horrible suplicio por el que acababa de pasar. Mientras que conducía su automóvil, temblando de rabia y rencor y secándose con la mano sus ya abundantes lágrimas, pensaba en lo idiota que había sido al ir a visitar —a rogar, a ofrecerse— a Ricardo de Velasco a que le diera el apoyo, para que su marido fuera presidente. Recordó su postura abiertamente coqueta y la entrega de sí misma que quizá hubiera hecho, si Ricardo hubiera sido más temperamental o un poco aprovechado; pensó en las insinuantes llamadas telefónicas que le hizo para recordarle el asunto que la apremiaba. Sabía en el fondo que Ricardo se había portado como caballero y de plano, no se lo agradecía, menos ahora, en este instante que llorosa y derrotada iba rumbo a su casa a rumiar su amargura. Pero si tenía resentimiento con de Velasco, más que peor se sentía por haber visitado, casi subrepticamente, en aquella loca ocasión, a don Torticio del Olivar también en su oficina. Aquella vez, ahora lo recordaba con odio y arrepentimiento, después de decirle mil sandeces, creyéndolo el pilar más fuerte del club y después de recomendarle a su marido, súbitamente, sin saber porqué y con el absurdo e infantil pretexto de decirle —gran mentira— que él, don Torticio, se parecía a su padre, fue a sentarse en sus piernas ante el estupor del vejete. Aquello fue fugaz y duró unos segundos, pero los suficientes para sentirse casi prostituida.

Otro núcleo fuerte lo formaba la esposa de Manuel Céspedes, Diamantina Topete. Su casa era punto diario de reunión y chismes. Conchita Albatroz de Quintanar, sin consultar a su esposo, se unió al grupo para fortificarlo. También andaba por ahí Lucita Valverde y este hecho daba por seguro el triunfo a Manuel.

Solamente una persona no iba ni con una ni con otra, desde su palio majestuoso reinaba sus últimos días desconsolada y triste. Ella estaba desesperada y quería continuar. Laura Belgrano de Velasco no se resignaba a ceder el trono imperial. . .

Raúl Santiabáñez y Pepito Ruelas eran los prominentes socios que luchaban independientes tratando de conseguir adeptos entre la membresía más joven, arguyendo que no era justo ni democrático que el nuevo presidente saliera siempre del propio directorio. Decían que bastaba ya de imposiciones y secretamente comprometían el voto de los socios concediéndoles ilusorios puestos y comisiones.

Aquella última reunión del directorio resultó memorable, Ricardo, después de saludar a todos los presentes, suplicó con mucha amabilidad a Manuel Céspedes y a Aurelio R. Calvo, que procedieran a salir del local de juntas para que los dejaran solos a los demás, pues como abiertamente jugaban ya como candidatos era indispensable que los demás miembros, él, Argüelles, Ruperto Quintanar y don Torticio, formularan los votos decisivos. Jorge Mendieta cerró la puerta tras de sí, después de haber salido Aurelio y Manuel. En seguida Ricardo en obvio de formulismos, distribuyó unos papelitos a los presentes, pidiendo pusieran el nombre del elegido. La ceremonia aquella duró unos cuantos minutos y luego les pidió que le entregaran doblado el voto, a lo cual Ruperto Quintanar le dijo: —por mí, el voto no debe ser secreto, yo no estoy votando ni por Manuel ni por Aurelio, escribí el nombre de la persona que considero más adecuada para manejar el club y esa persona es: Marcelo Argüelles—, Ricardo quedó estupefacto clavando sus ojos en el nombre que él a su vez había anotado, pero antes, ante un arquitecto Argüelles sorpresivo y abochornado, le pidió su opinión y Marcelo dijo —muchas gracias Ruperto, pero yo. . . yo estoy votando por Manuelito Céspedes—.

Sólo faltaban dos votos, el de Ricardo y el de don Torticio, si coincidían Marcelo sería el candidato, de otra manera, la elección sería abierta, representando lo anterior un peligro para el club de ser manejado por gentes apasionadas o inexpertas.

Ricardo miró a don Torticio y éste dijo para sorpresa de todos —aquí está mi voto escrito a favor de Marcelo—,

Ricardo abrió los ojos para leer y él rápidamente puso arriba de la mesa su veredicto que decía en letras de molde: arquitecto Argüelles.

La noticia cayó como bomba entre todos los asociados, pero más, entre los presuntos candidatos.

Manuel Céspedes lo tomó con filosofía y fue a felicitar y ponerse a las órdenes de Marcelo, sin saber que éste había votado por él, pero Aurelio R. Calvo frunció más sus pequeños ojos y verdaderamente parecía un volcán a punto de hacer erupción, tal era su coraje y frustración.

Al salir, Ricardo pidió a Jorge que citara a asamblea ordinaria para el día siguiente y por su mente cruzó la idea de llamar a Clarita, la esposa de Argüelles, para felicitarla, porque de hecho, Marcelo ya era el candidato oficial, pero pensó que quién mejor que el propio marido, fuera el encargado de darle la buena nueva.

Al día siguiente, más que todo para darle formalidad al acto, se instaló la asamblea ordinaria, proponiéndose por voz de Manuel Céspedes la candidatura del arquitecto Argüelles, el cual fue electo por aclamación y en forma unánime, coronando así su disciplina y fervor al club, el caballeroso y serio profesionalista, quien siempre estuvo ajeno a las maniobras que a través del año, ejerció su ambiciosa mujer para presionar su postulación.

Aquella noche inolvidable de toma de posesión, Clara Solís de Argüelles, más esplendorosa y bella que nunca, irguiendo altiva su hermoso rostro, entrelazando su brazo con el de su esposo, con paso elástico, armonioso y seguro, después de subir las amplias escaleras, entró al recinto como una verdadera majestad, luciendo como lo que era: una verdadera reina.

Cientos de socios esperaban de pie, entre emocionados y curiosos a sus elegantes mandatarios. El salón de "Los Vitrales" profusamente adornado, lucía sus galas extraordinarias en esta noche excepcional.

Clarita y Marcelo, los nuevos soberanos, recibían a su

paso triunfal los nutridos aplausos de los asistentes, volviendo sus cabezas sonrientes para agradecer aquellas muestras de cariño y simpatía. Al pasar al lado de Ricardo de Velasco y su cariacontecida cónyuge, Clarita no pudo evitar hacer una ostensible mueca de desagrado, regalándole, en cambio, al pasar por donde se encontraba don Torticio del Olivar y para sorpresa de éste, la más coqueta y cautivadora de sus sonrisas. . .

La pompa y la solemnidad del acto tuvo su punto culminante, al concluir el acostumbrado discurso del nuevo presidente Marcelo Argüelles. Casi todos los presentes lo premiaron con grandes vítores y fuertes y prolongados aplausos.

Inmediatamente se empezaron a formar grupos entre las mesas para cuchichear o comentar el fino discurso del nuevo presidente. Muchos coincidían en que aquella oratoria ponderada traería grandes beneficios al club. Difícil, —comentaban los nuevos socios— será volver a escuchar un discurso como el de esta noche; seguro que en los anales del club no tendremos a su frente a alguien tan preparado para conducirlo, arguían otros.

Clarita miraba fascinado a su marido al terminar su alocución, sintiendo que aquel hombre que abrazaba y besaba tan apasionadamente era. . . otro.

Larga era la fila de parejas que aguardaban ansiosas poder abrazar y felicitar a los emocionados esposos que conducirían por todo un año la nave del club. Mentalmente Clarita anotaba los matrimonios ausentes y los que se habían quedado en sus asientos y no acudían a rendirles pleitesía. . .

. . . Seguramente aquel año iban a rodar muchas cabezas. . .